



BIBLIOTECA

DC38  
H4  
V. 10

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



Fusilamiento del mariscal Ney

## LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848)

### CAPÍTULO PRIMERO

1815.—Epílogo de los *Cien días*.—Luis XVIII después de la batalla de Waterloo.—Esfuerzos de la corte y de los ministros para la destitución del favorito Blacas.—Talleyrand.—El rey sale de Gante y llega a Mons.—Nueva campaña contra Blacas, que al fin se retira.—Partes del duque de Wellington al rey; éste entra en Francia por Bavay; su llegada a Câteau; primer manifiesto á los franceses.—Luis XVIII en Cambrai; segundo manifiesto á los franceses.—El rey avanza hasta Roye.—Nuevos esfuerzos realistas del barón de Vitrolles.—Misión confiada á éste y al general Grouchy por el duque de Otranto.—Vitrolles en el cuartel general de Davoust.—Mensaje de diez y siete generales á la Cámara de representantes.—Conferencias en Estrées y en Louvres entre la comisión de armisticio y el duque de Wellington.—Armisticio rehusado.—Blücher pasa con su ejército á la margen izquierda del Sena por los puentes de San Germán y de Maisons.—Fuerzas del ejército francés detenidas por Davoust detrás de las trincheras.—Ataque del general Exelmans contra los prusianos, á quienes destruye dos regimientos de caballería.—Consejo de gobierno en las Tullerías y consejo de guerra en la Villette.—Davoust es autorizado para la entrega de París.—Primeras diligencias del príncipe de Eckmühl; contestación insolente de Blücher.—Nuevas gestiones de Davoust; contestación del general Ziethen, quien exige que el ejército francés se rinda prisionero de guerra.—Envío del general Tromelin á Blücher y del coronel Macirone á Wellington.—Conferencias en Saint-Cloud para la rendición de París.—Segunda capitulación de esta capital.—La Cámara de representantes y la capitulación; el pueblo quiere defenderse; resistencia del ejército; apuros de la Comisión de gobierno; el ejército marcha camino de Orleans; exasperación de los soldados.—Msera actitud de la Cámara de representantes; sus tres constituciones.—Entrada triunfal de los prusianos en París; arrojan de las Tullerías á la Comisión de gobierno; cierran la Cámara de los pares; el prefecto de policía cierra la Cámara de representantes. El general Lafayette; su misión cerca de los soberanos aliados; su regreso; ocupación de París por los ingleses y por los prusianos.

En rigor, la presente narración histórica debiera empezar en el momento en que el Senado francés, después de haber proclamado la destitución del emperador, preparó una Constitución que llamaba á Luis XVIII al trono. Pero refiriendo aquí los acontecimientos que se desarrollaron en Francia desde la restauración borbónica de 1814 hasta la restauración imperial de 1815, no haríamos más que repetir lo que dicho queda sobre aquel período en el precedente volumen de la serie que éste viene á continuar. Sólo recordaremos que Luis XVIII, al inaugurar su reinado, rechazó la constitución *senatorial* para promulgar su prometida *Carta* que consagraba la igualdad civil, la libertad política que es su garantía indispensable, la libertad individual, la libertad de cultos, la libertad de imprenta, la inviolabilidad de la propiedad, sin exceptuar las propiedades

nacionales, la abolición de la confiscación, la inviolabilidad del rey, la responsabilidad de los ministros, el ejercicio del poder legislativo entre el rey y dos Cámaras, la publicidad y libertad de las discusiones, la promulgación de las leyes reservada al poder ejecutivo, la iniciativa de la votación de los impuestos reservada á los diputados, el derecho de disolución de la Cámara electiva atribuida al rey, el derecho de petición á las Cámaras, la inamovilidad de los magistrados, la institución del jurado en materia criminal y otros principios que inauguraban en Francia la práctica del régimen que los ingleses llaman *self-governement* y que es el gobierno del país por sí mismo.

Cuando el *Monitor*, diario oficial del gobierno francés, publicó el decreto de disolución de las Cámaras, anunciando la entrada de Luis XVIII en París para la



tarde del 8 de julio de 1815, pudo darse por terminada la tentativa de restauración imperial con que había dado principio, en 20 de marzo del mismo año, el lamentable período llamado de los *Cien días* y que tan tristes consecuencias tuvo para cuantos tomaron parte principal en él. Napoleón halló al fin de tan desdichada empresa la mayor derrota de su vida militar y un cruel destierro al borde de su tumba; las Cámaras que lo habían derrocado le sobrevivieron apenas quince días, empleados en el desempeño del más humillante de los papeles; el ministro Fouché, que había hecho traición á los representantes del país, disolviendo la Cámara después de haberse servido de ella para desembarazarse de Napoleón, fué condenado al destierro y á la execración de la historia; el omnipotente Talleyrand fué investido de un cargo diplomático que le alejaba del poder; los generales Ney y Labedoyère encontraron una muerte trágica, y Francia sufrió una segunda invasión, la pérdida de la Saboya y de varias plazas importantes, la privación de innumerables riquezas artísticas, una contribución de dos mil millones de francos, una larga ocupación extranjera y el desbordamiento de tristes pasiones, sin que nadie, en cambio, lograra siquiera un poco de gloria, exceptuando al ejército que expió sus faltas con un heroísmo digno de mejor suerte.

Mientras se decidía la suerte del imperio en el campo de Waterloo, Luis XVIII, su hermano y sus ministros, convencidos de la derrota del ejército inglés en la meseta de Monte-San-Juan, no esperaban más que un aviso de los agentes realistas de Bruselas para huir de Gante á Ostende y embarcarse para Inglaterra, cuando llegó al fin la noticia del triunfo de Wellington. En concepto del rey y de sus secuaces, la inesperada victoria de los ingleses y prusianos contra el ejército de Napoleón era decisiva para la causa realista y para los coligados. La artillería de Waterloo acababa de abrir una brecha en la frontera francesa, y Luis XVIII resolvió entrar en Francia por aquella brecha, en seguimiento de los ejércitos aliados, para enarbolar en cualquier ciudad de la provincia del Norte la bandera real que, tres meses antes, había tratado de mantener enhiesta sucesivamente en las fortificaciones de Lila y en los muros de Dunkerque. Semejante resolución no fué tan sólo indicada al rey por los intereses generales de su causa, sino que también se la aconsejaron los ministros extranjeros que cerca de él residían. No atreviéndose á salir de Gante sin saber la dirección tomada por las tropas de Blücher y de Wellington, esperó tres días, que los cortesanos emplearon en disputar á Blacas el favor exclusivo que Luis XVIII continuaba dispensándole y que servía de obstáculo á todas las ambiciones. En vano el conde de Artois y sus familiares, los ministros y hasta los enviados extranjeros se unieron para pedir la separación del favorito; éste siguió al rey cuando, en la tarde del 22 de junio, sabedor de que los aliados se disponían á entrar en Francia por Avesnes y Câteau, el monarca creyó al fin poder salir de Gante hacia Mons.

Talleyrand dirigía todas aquellas luchas intestinas. Después de haber firmado en 9 de junio el acta final del Congreso, se trasladó de Viena á Bruselas, desde donde pidió á Luis XVIII una gracia insignificante que éste le negó por consejo de Blacas. El diplomático amenazó al rey con la renuncia del cargo de ministro

de negocios extranjeros; pero se limitó á escribir una serie de cartas á los demás individuos del consejo y á los representantes de los soberanos extranjeros en Gante, para que le ayudasen á derribar al favorito. Enterado por sus compañeros de gabinete del fracaso de aquellas intrigas y de la marcha del rey, trasladóse á Mons, donde recibió á Luis XVIII en la mañana del 23, sin hacer alusión alguna á la cuestión de influencia, limitándose á su papel oficial de presidente del consejo de ministros y mostrando ocuparse exclusivamente por el momento en los medios de «preparar la vuelta del rey.» En cambio, los demás ministros que habían seguido á la corte renovaron sus ataques contra Blacas, y el mismo duque de Wellington, volviendo á la carga, envió un despacho al monarca diciéndole «que en aquel momento la monarquía necesitaba un hombre de capacidad práctica; que el Sr. de Talleyrand le parecía el único capaz de comprender la situación difícil en que iba á encontrarse, y que le convenía separar de su consejo á los hombres que seguían siendo impopulares á los ojos de Francia. El rey no cedía; pero el favorito, considerando que la resistencia no podía ya durar mucho tiempo, le ofreció su dimisión; y quizá no hubiera sido aún aceptado el sacrificio, si una comisión de ciudadanos de Lila, interrogada en Mons sobre el espíritu de la opinión francesa, no hubiese contestado al rey: «Señor, el sentimiento público contra el Sr. de Blacas es tal, que si Vuestra Majestad entrase en Lila con él, oiría los gritos de ¡muera Blacas! mezclados con los de ¡viva el rey!» En presencia de tan tenaz oposición y de tan manifiesta impopularidad, Luis XVIII aceptó con lágrimas en los ojos la dimisión de su intendente, que recibió en cambio un regio donativo de cerca de siete millones de francos.

Talleyrand, irresoluto en presencia de toda situación difícil, consideraba imprudente la entrada inmediata del rey en Francia; mas como era demasiado buen cortesano para oponerse de frente á la voluntad del monarca, aplaudía su resolución, proclamándola digna de un nieto de Enrique IV; pero decía que, á su juicio, el rey no había de entrar por los departamentos del Norte, cubiertos de fortalezas ocupadas por guarniciones imperiales, sino por las provincias del Mediodía, donde no hallaría más que partidarios y no se vería rodeado más que de franceses. E improvisando un itinerario impracticable, que permitiese ganar tiempo, el príncipe de Benavente propuso á Luis XVIII que atravesase el gran ducado de Luxemburgo, el Rhin, el gran ducado de Baden y Suiza, para ir á instalarse en Lyon.

Un despacho en que el duque de Wellington suplicaba al rey que pasase inmediatamente la frontera y fuese á unirse con él en Câteau, hizo tomar á Luis XVIII la resolución de partir el 24 por la mañana, á pesar de la oposición de su primer ministro. Hízose acompañar por el canciller y el ministro de la guerra. Los demás individuos del consejo y los representantes de las naciones extranjeras se quedaron en Mons con Talleyrand.

El rey siguió la antigua vía romana que por Bavay le condujo aquella misma tarde á Câteau, cuartel general entonces de Wellington, que le recibió á su llegada. Aquella ruta era la más segura y la más corta. Luis XVIII no tuvo que pasar por ninguna de las plazas fuertes ocupadas por las tropas imperiales.

Obligado á esperar que el avance de los ejércitos aliados le permitiese continuar su marcha, el rey aprovechó su permanencia en Câteau para anunciar á Francia su entrada en el reino. Aquel primer manifiesto, redactado de acuerdo con Dambray y el general Clarke, estaba concebido en los términos siguientes:

PROCLAMA REAL

«Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, á todos nuestros fieles súbditos, salud.

»Desde la época en que la más criminal de las empresas, secundada por la defección más inconcebible, nos obligó á abandonar momentáneamente nuestro reino, os advertimos de los peligros que os amenazaban si no os apresurabais á sacudir el yugo del tirano usurpador.

»No hemos querido unir nuestros brazos ni los de nuestra familia á los instrumentos de que la Providencia se sirvió para castigar la traición. Pero hoy que los poderosos esfuerzos de nuestros aliados han disipado los satélites del tirano, nos apresuramos á volver á nuestros Estados para establecer en ellos la constitución que dimos á la Francia; reparar por todos los medios que podamos los males de la insurrección y de la guerra que fué su consecuencia necesaria; recompensar á los buenos; poner en ejecución las leyes existentes contra los culpables; para llamar, en fin, en torno de nuestro trono paternal á la inmensa mayoría de los franceses, cuya fidelidad, valor y abnegación han proporcionado á nuestro corazón tan dulces consuelos.

»Dado en Câteau-Cambresis, el día 25.º del mes de junio de 1815 y 21.º de nuestro reinado.

»Firmado: LUIS.

»Por el rey, el ministro secretario de Estado de la guerra,

»DUQUE DE FELTRE.»

¡Deplorable inspiración la que acababa de dictar á Luis XVIII aquel manifiesto antipolítico! El rey no volvía á poner los pies en el país que le había rechazado tres meses antes, sino para exaltar el triunfo de los extranjeros y hacer oír á los franceses, todavía armados contra él, palabras de cólera y de venganza, tanto más extrañas cuanto que no contaba entonces con más súbditos que los habitantes de una villa, ni con más consejeros que dos ministros faltos de autoridad. En vano el canciller expidió á Mons correos encargados de transmitir á los ministros, que, á excepción de Talleyrand, continuaban en aquella población belga, el encargo de trasladarse á Câteau, y á los representantes extranjeros la súplica de ir á juntarse con el rey; los primeros contestaron que no abandonarían á Talleyrand ni separarían sus intereses de los del presidente del consejo, y los segundos manifestaron á Luis XVIII que, en virtud de las órdenes terminantes de sus cortes respectivas, no podían comunicar con él sino por medio de su representante en el congreso de Viena, el príncipe de Benavente, en quien Europa había puesto toda su confianza. Sin embargo, todos aquellos pretextos fueron disipados por una carta en que el duque de Wellington decía al primer ministro «que sentía que todos los miembros del

consejo no hubiesen acompañado al rey, y les suplicaba que fuesen á reunirse con él sin pérdida de tiempo. «Si yo os hubiese visto, añadía el general inglés, ó si hubieseis conocido el estado de las cosas cuando aconsejasteis al rey que no entrase en Francia, hubierais manifestado un parecer del todo diferente á Su Majestad, y le hubierais acompañado.» Talleyrand, los ministros que se habían quedado con él y los enviados extranjeros pasaron á su vez la frontera y fueron á esperar á Luis XVIII en Cambrai.

Esta plaza fué tomada por las tropas extranjeras el 24 de junio, merced al ardor con que los habitantes realistas, hombres y mujeres, facilitaron el asalto. Demasiado escasa para contener aquella vergonzosa empresa, la guarnición, después de una corta resistencia, abandonó la villa y se replegó en la ciudadela, que entregó al día siguiente. Enterado de aquella fácil victoria, Luis XVIII salió de Câteau el 26 por la mañana y llegó á las doce del día á Cambrai, donde fué recibido por las autoridades bajo un arco de triunfo, y entró precedido de una procesión de jóvenes vestidas de blanco, que cubrían de flores la carrera. Talleyrand, los demás ministros y los representantes extranjeros le recibieron en el hotel donde se le había preparado alojamiento.

Uno de los primeros despachos entregados por Talleyrand á Luis XVIII era una nueva carta del duque de Wellington. Después de anunciar al rey que él y Blücher continuaban avanzando sin encontrar el menor obstáculo, y esperaba verle dentro de pocos días repuesto en el trono, el general inglés añadía: «Es necesario que Vuestra Majestad se haga preceder de algún documento que anuncie sus intenciones de perdón y de olvido, y que permita marchar por la senda de la Carta.» Luis XVIII dijo á su ministro que había previsto los deseos del general inglés, y le entregó un ejemplar de su manifiesto de Câteau-Cambresis, que los ministros y los representantes extranjeros declararon insuficiente y peligroso. Para éstos últimos nada había aún definitivo, y la prudencia más vulgar exigía que el rey tranquilizase á todos los partidos y garantizase todos los intereses, haciendo desear su vuelta en vez de hacerla temer. Estas consideraciones, sometidas á Luis XVIII por los ministros aliados en varias audiencias, triunfaron al fin de los rencores y de la irritación que en él produjeron días antes la violencia hecha á sus personales afectos y la imposición de la influencia exclusiva de Talleyrand. Al cabo de dos días de debates, consintió en soportar la dirección política de éste último y en concederle la presidencia efectiva de su consejo. El manifiesto de Câteau-Cambresis fué anulado y substituído por una nueva proclama destinada, en concepto de sus autores, á atraer á la causa realista la inmensa mayoría de la parte influyente ó tímida del país, y hacer deponer las armas á la mayor parte de los jefes militares que habían intervenido en los últimos acontecimientos. Aquella proclama estaba redactada en los siguientes términos:

«EL REY Á LOS FRANCESES

»Las puertas de mi reino se abren ante mí. Acudo para atraer de nuevo á mis súbditos extraviados, para aliviar los males que quise evitar, para colocarme por segunda vez entre los franceses y los ejércitos aliados,



esperando que las consideraciones de que yo pueda ser objeto redundarán en bien de mis súbditos. Sólo de esta manera he querido tomar parte en la guerra. No permití que ningún príncipe de mi familia figurase en las filas de los extranjeros, y encadené el valor de mis servidores que pudieran tomar las armas en mi defensa.

»Vuelto al suelo patrio, me complazco en hablar con confianza a mis pueblos. Al reaparecer entre ellos, encontré los espíritus agitados por contrarias pasiones; mis ojos no veían en todas partes más que dificultades y obstáculos. Mi gobierno debió cometer faltas; cometiólas quizá. Hay momentos en que las intenciones más puras no bastan para dirigir, cuando no extravían. Sólo la experiencia podía aleccionar; ésta no será perdida. ¡Quiero todo lo que salvará a la Francia!

»Mis súbditos saben, por crueles pruebas, que el principio de la legitimidad de los soberanos es una de las bases fundamentales del orden social, la única sobre la cual puede establecerse, en medio de un gran pueblo, una libertad prudente y bien ordenada. Esta doctrina acaba de ser proclamada como la de Europa entera. De antemano la había yo consagrado por medio de mi Carta, y pretendo añadir á esta Carta todas las garantías que puedan asegurar sus beneficios.

»La unidad del ministerio es la más sólida que puedo ofrecer; entiendo que existe, y que la marcha franca y segura de mi consejo garantiza todos los intereses y calma todas las inquietudes.

»Ultimamente se ha hablado del restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales. Esa fábula, inventada por el enemigo común, no necesita refutarse. Que no esperen que el rey de Francia se rebaje hasta rechazar calumnias y mentiras. Harto indicó su origen el éxito de la traición. Si los compradores de dominios nacionales concibieron inquietudes, la Carta debió bastar para tranquilizarlos. ¿No propuse yo mismo á las Cámaras é hice ejecutar ventas de esos bienes? Esta prueba de mi sinceridad no tiene réplica.

»En estos últimos tiempos, mis súbditos de todas clases me han dado iguales pruebas de amor y de fidelidad; quiero que sepan lo mucho que les estoy agradecido, y me complaceré en elegir entre todos los franceses los que hayan de vivir al lado de mi persona y de mi familia.

»No quiero excluir de mi presencia sino á esos hombres cuya fama es un motivo de dolor para Francia y de espanto para Europa. En la trama por ellos urdida, veo á muchos de mis súbditos extraviados y algunos culpables.

»Prometo, yo que nunca prometí en vano (Europa entera lo sabe), perdonar á los franceses extraviados todo lo que ha pasado desde el día en que salí de Lila en medio de tantas lágrimas, hasta el día en que he entrado en Cambrai en medio de tantas aclamaciones.

»Pero la sangre de mis hijos ha sido vertida á consecuencia de una traición de que no ofrecen ejemplo los anales del mundo. Esa traición ha hecho penetrar al extranjero hasta el corazón de la Francia. Cada día me revela un nuevo desastre. Debo, pues, por la dignidad de mi trono, por el interés de mis pueblos, por el reposo de Europa, exceptuar del perdón á los instigadores y á los autores de esa trama horrible. Serán señ-

lados á la venganza de las leyes por las dos Cámaras que me propongo reunir en breve.

»¡Franceses!, tales son los sentimientos con que vuelve en medio de vosotros aquel á quien el tiempo no pudo hacer cambiar, ni la desgracia vencer, ni la injusticia abatir.

»El rey cuyos padres reinan desde hace ocho siglos sobre los vuestros, vuelve para consagrar sus días á defenderos y consolaros.

»Dado en Cambrai el 28.º día del mes de junio del año de gracia 1815, y de nuestro reinado el 21.

»Firmado: LUIS.»

»Por el rey, el ministro secretario de Estado de los negocios extranjeros,

»Príncipe de TALLEYRAND.»

¡Bellas promesas las de este manifiesto! Por desgracia habían de ser olvidadas al día siguiente, como todos los programas de los gobiernos que llegan al poder. No por eso excitaron menos la indignación del conde de Artois y de los cortesanos, imperialistas tráfugas ó antiguos emigrados, que tomaban el título de *verdaderos realistas*. Todos trinaban contra la influencia de los representantes de la coalición cerca del rey, acusando á la monarquía de transigir con la Revolución. Luis XVIII oía aquellos gritos de cólera sin hacerles caso. Atento sobre todo á recobrar su corona, había comprendido al fin que, para conseguirlo, los consejos de Wellington y de los ministros aliados eran guía más segura que las ciegas preocupaciones de su hermano y de sus cortesanos. El 29, un nuevo despacho del generalísimo inglés le invitó á salir de Cambrai y á avanzar hasta Roye, donde llegó, en efecto, el día 30. En este último pueblo recibió la única carta que le escribiera Fouché, jefe del gobierno provisional, que trataba de engañar á Luis XVIII, á Napoleón, á las Cámaras y á los aliados en provecho del duque de Orleáns. Allí encontraron al rey los primeros personajes políticos que de París le salieron al encuentro. Entre ellos figuraban los generales Gouvión, Saint-Cyr y Macdonald, que le enteraron de la partida de Napoleón para Rochefort.

Condenado á supeditar su marcha al avance de los ejércitos aliados, el rey tuvo que esperar en Roye que el duque de Wellington le transmitiese el aviso de que podía adelantar otro paso. Alejado el emperador, el restablecimiento de Luis XVIII estribaba en la posesión de París. Defendidas por un numeroso ejército, impaciente de vengar su derrota, y por una población de 700.000 almas, en que el elemento joven y enérgico rechazaba toda sumisión, ansioso de batirse, las puertas de París podían aún permanecer largo tiempo cerradas. No eran los partidarios del rey, que no parecían por ninguna parte, los que podían abrirlas. Por más esfuerzos que hizo desde el día 24, el barón de Vitrolles no pudo conseguir que estallase en la capital la más pequeña manifestación realista. Sin embargo, Blucher y Wellington confiaban llevar á cabo su empresa de restauración monárquica, *sin necesidad de disparar un tiro*. El general inglés conocía la importancia del partido borbónico, pero contaba con auxiliares tan impor-

tantes como el desorden sembrado en la defensa nacional por el derrocamiento de Napoleón, la ineptia de las Cámaras, el desaliento del ejército, la torpeza de sus principales jefes, y sobre todo la complicidad del presidente del gobierno.

Por temor de que su influencia y su habilidad se re-

los Borbones. El duque de Otranto le renovó la promesa de inmediatas gestiones. Apenas vuelto á su casa, el representante de Luis XVIII recibió la visita de un emisario de Fouché, anunciándole que el general Grouchy le acompañaría el día siguiente al cuartel general de los jefes aliados, con el objeto de pedirles una sus-



Talleyrand, príncipe de Benevento  
(Cuadro de Francisco Pascal Gerard, grabado por Augusto Gaspar Luis Boucher Desnoyers)

sintiesen del fracaso, Fouché ocultó á Vitrolles, jefe del partido realista, la tentativa hecha por el general Davoust y por él en favor del llamamiento de los Borbones, en el consejo celebrado en las Tullerías el 27. Con el rápido avance de las tropas aliadas, disminuían de hora en hora las probabilidades de una restauración por vías de una autoridad nacional cualquiera. La aparición de los prusianos delante de Saint-Denis, el día 28, aumentó la impaciencia de Vitrolles, quien se quejó á

el emisario, es costumbre hacer un obsequio á los generales y á su Estado mayor, os traeré mañana dos millones de francos, que servirán para facilitar la negociación...» Vitrolles se manifestó dispuesto á practicar cuantas gestiones pudiesen adelantar la vuelta del rey, pero negóse á hacerse cargo de los dos millones.

A la mañana siguiente, Fouché envió su secretario á explicar al representante de Luis XVIII que el general Grouchy, llegado la víspera á las puertas de París con su ejército del Norte, consentía en ir á recabar de Blü-